

DIOS MANIFESTADO Y CREÍDO

Artículo publicado: N° 1073 AÑO XLIV del periódico del CONSUDEC p 36

Pbro. Fernando Giannetti *

Hace más de 25 años atrás, en un tiempo de búsqueda del sentido de mi vida, Dios en su providencia me llevó a “caer” en manos de un grupo de personas – un matrimonio con ya tres hijos, una catequista bien parada en la vida, una pareja de novios responsables- que todos los domingos nos reuníamos a la tardecita hasta entrada la noche, leyendo en forma continua libros bíblicos, primero proclamándolos sin interrupción –o leyéndolos con respeto-; luego, lo meditábamos en silencio un rato, para luego compartir nuestros puntos de vista. Terminábamos rezando –a la luz de lo comprendido- y luego comíamos pizza. Así fue para mí durante casi dos años, hasta que entré al Seminario de Buenos Aires. Ellos se siguieron reuniendo durante años.

Creo que esta es la experiencia del Pueblo de Dios. La Palabra proclamada -o escuchada con respeto y apertura, no *oída*,- rezada u orada, como les gusta decir a mis hermanos evangélicos-, tarde o temprano se hace carne en uno.

Así como el Verbo o Palabra de Dios se encarnó en el seno purísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, también en el creyente y en la comunidad, -o sea, las Iglesias y comunidades- la Palabra de Dios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, se **hace carne** en ellas, pero con una diferencia: en nosotros lleva *tiempo*. Por eso es **luz**, que ilumina, **verdad** que libera y encauza, **camino** por cómo y dónde andar, en resumen, **gracia** o experiencia gratuita y/o misericordiosa de Dios en nuestras vidas.

Para todos los cristianos, -ortodoxos, anglicanos, protestantes, evangélicos y católicos- Jesús de Nazareth es la Palabra de Dios hecha carne. En Él se cumplen las expectativas mesiánicas del antiguo Israel, es el Siervo Sufriente profetizado, que ofreciéndose por los pecados de **toda** la humanidad, *redime* y *salva*, llamándonos a experimentar su Amor y vivir en comunión con Él. Las andanzas de sus primeros seguidores constituyen también ejemplos de esa Palabra revelada y encarnada en actitudes misioneras, en llamamientos a la conversión, en testimonio de cómo encarnaron en sus vidas el impacto de la figura de Jesús (María Santísima, Pedro, Pablo, Juan, Bernabé, Tomás, etc)

El espíritu ecuménico del siglo XX ha ido acercando más entre sí a todos los cristianos. **¡Sí!**, Jesús de Nazareth es el Hijo de Dios nacido por obra del Espíritu Santo para la salvación humana, Él es el **centro** de nuestra fe cristiana. Todas las tradiciones cristianas usamos la Palabra de Dios como parte esencial de nuestras celebraciones y/o cultos. Así, como la primitiva comunidad cristiana se reunía para la fracción del pan, *también* se reunían para proclamar la Palabra de Dios en esa misma celebración (Hch. 2)

De esa proclamación, surgían enseñanzas (homilias, *didajé*, o catequesis) y a su vez, según pasaba en cada uno, se convertía en alimento espiritual, tanto como el sacramento, de unión con Dios en Jesús. Así el creyente *gustaba* del Amor mutuo entre el Padre y el Hijo, de la belleza de Dios, de la eternidad.

La Palabra de Dios también se convirtió en *forma mentis*, en criterio de formación educativa de la inteligencia humana, y así *entender* el **mysterion** divino (palabra griega que se usa en la Biblia para referirse a los “secretos de Dios” que deben ser dados a conocer. Dios *no* es indescifrable). Así surgió la especulación teológica, necesaria para precisar las doctrinas y/o dogmas de los primeros siglos del cristianismo, ante las herejías que surgían (docetismo, modalismo, arrianismo, nestorianismo). Costaba mantener el **mysterion** o la realidad de Cristo en cuanto tal: de ahí que la Palabra revelada y *comentada* por los Padres –o maestros de aquel tiempo– fueron precisando quién o cómo era Cristo: la segunda Persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios y verdadero hombre, sin mezcla ni confusión entre estas naturalezas. Sino fuera así, no podría salvar. Así la Palabra de Dios contenida en la Biblia, no sólo iluminaba, traía la presencia y las enseñanzas de Jesús sino que fue conformando el CREDO, o resumen doctrinal de nuestra fe.

Y esa Palabra también hecha carne en Cristo y en cada creyente, de un modo especial se identificaron tanto *entre sí* que le dieron, le entregaron hasta su propia vida... Algunos se enamoraron tanto de Jesús que mediante su Palabra vivieron una *esponsalidad* fuerte y decidida, como lo atestigua el libro del Cantar de los Cantares, o el de Tobías o Pablo en 2º Cor. 4; 12 o en 1º y 2º Tim. Otros, (Antonio, Benito) movidos por esa Palabra se dedicaron a modificar el modo de vivir de su tiempo, y así fueron *fermento, levadura*: Francisco de Asís, Juan B. de la Salle, Martin Luther King, Teresa de Calcuta. Desde la presencia de Jesús –Palabra de Dios siempre creciente– en sus vidas, fueron capaces de ser instrumentos de esa misma Palabra para los demás. Así, algunos otros se hicieron pregoneros de ese mensaje: se hicieron *misioneros* (Cirilo y Metodio, Francisco Javier, Francisco Solano, las misiones jesuíticas, etc.), fueron y van aún hoy día, hasta los confines de la tierra a anunciar la Buena Noticia, que *esa misma Palabra*: Dios hecho hombre que nos salva por amor. Pero quienes demuestran cabalmente la identificación de sus vidas con esa Palabra predicada y celebrada son los *testigos* y/o los *martyria*, *aquellos* que contemplan desde el cielo nuestra carrera, (Hbr.12,1) (los de las catacumbas, Maximiliano Kolbe, Bonhoeffer)

Así la Palabra de Dios muestra su vitalidad. Por ser Dios revelado y revelante, su Palabra se mantiene renovadora, vital para la transformación de la mente y el corazón. Pero para que sea eficaz, es necesario **escucharla** –no oírla– con fe, con reverencia, con espíritu de confianza, no con incredulidad o con una aproximación especulativa o mente cronológica. Como decía Juan Pablo II a los teólogos católicos: “hay que leerla estando *de rodillas*”, adorando lo que transmite.

La Palabra no es un compendio o conjunto de libros históricos. Sólo *revela*, da a conocer al Dios *manifestado* a Abraham, Moisés, Elías, y por ende al pueblo de Israel, pero, en la plenitud de los tiempos, *manifestado* en

Jesucristo. También la Biblia *manifiesta* esta Revelación hasta el fin de los tiempos, no haciendo falta nada más. Tampoco le interesa precisar los orígenes de la humanidad, sí el plan salvífico de Dios desde sus orígenes.

Por eso la Biblia no se puede leer como un diario, a la rápida, menos todavía sin conocer el contexto de cada libro, de su tiempo y costumbres, del género literario usado. No puede leerse literalmente y aplicarla sin ton ni son al tiempo actual. De ahí la necesidad de una *docencia* que ayude a situarnos ante cada texto y a entenderla en su totalidad. Por eso, desde siempre, han existido escuelas y/o centros de formación para el conocimiento de la Biblia y también maestros y/o “doctores” que enseñan a otros la riqueza de la Palabra de Dios.

En nuestra Iglesia católica, el próximo mes de Octubre se efectuará el Sínodo de los Obispos de todo el mundo –se reúnen periódicamente– centrado en la Palabra. Para ello se ha elaborado un documento de trabajo que sostiene lo siguiente: “La plena y visible unidad de todos los discípulos de Jesucristo es considerada por el Santo Padre Benedicto XVI una cuestión de primaria importancia que incide sobre el testimonio evangélico. Dos son las realidades que unen a los cristianos entre sí: la Palabra de Dios y el Bautismo. Acogiendo estos dones el camino ecuménico podrá encontrar su realización. El discurso de despedida de Jesús en el cenáculo pone en evidencia que esta unidad se manifiesta a través del común testimonio de la Palabra del Padre, ofrecida por el Señor (cf Jn 17,8). Afirma el Santo Padre Benedicto XVI: “La escucha de la Palabra de Dios es lo primero en nuestro compromiso ecuménico. En efecto, no somos nosotros quienes hacemos u organizamos la unidad de la Iglesia. La Iglesia no se *hace* a sí misma y no vive de sí misma, sino de la Palabra creadora que sale de la boca de Dios. Escuchar juntos la Palabra de Dios; practicar la *Lectio Divina* de la Biblia, es decir, la lectura unida a la oración; dejarse sorprender por la novedad de la Palabra de Dios, que nunca envejece y nunca se agota; superar nuestra sordera para escuchar las palabras que no coinciden con nuestros prejuicios y nuestras opiniones; escuchar y estudiar, en la comunión de los creyentes de todos los tiempos, todo lo que constituye un camino que es preciso recorrer para alcanzar la unidad en la fe, como respuesta a la escucha de la Palabra.

En general, se nota con satisfacción que la Biblia es hoy el mayor punto de encuentro para la oración y el diálogo entre las Iglesias y comunidades eclesiales. Se ha tomado conciencia que la fe que nos une y los diversos acentos en la interpretación de la misma Palabra son una invitación a redescubrir juntos los motivos que han creado la división. Permanece, sin embargo, la convicción que los progresos alcanzados en el diálogo ecuménico con la Palabra de Dios pueden producir otros efectos benéficos. Una experiencia válida ha de ser subrayada en relación a los últimos decenios, es decir, el influjo positivo y reconocido de la *Traduction oecuménique de la Bible* (TOB), y la colaboración entre las diversas Asociaciones bíblicas cristianas, que han favorecido las buenas relaciones y el diálogo con diversas confesiones. Pero el hilo conductor que une el camino ecuménico desde el comienzo del siglo hasta nuestros días es la oración común de invocación a Dios, sostenida por el Espíritu Santo, que promueve entre los cristianos aquel *ecumenismo espiritual*, del cual el

Concilio Vaticano II afirmaba: “Esta conversión del corazón y santidad de vida, junto con las oraciones públicas y privadas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico” (UR 8) (*Lineamenta N° 54*)

Ojalá la meditación orante de la Palabra de Dios y su aplicación en nuestras vidas personales y eclesiales nos ayude a identificarnos con Cristo Resucitado, desear ser santos y por lo tanto, testigos suyos en este tiempo secularizante, consumista y pasatista. ¿Qué Palabra estamos transmitiendo al mundo de hoy?

Como corolario final, me gustaría hacer mención de tantos esfuerzos entre los cristianos de diversas denominaciones de rezar juntos con la Biblia: en Buenos Aires, desde hace más de 10 años, se realizan Encuentros Ecuménicos de la Palabra, todos los primeros miércoles de cada mes, de marzo a diciembre. Se han realizado cuatro Encuentros Fraternos entre Evangélicos y Católicos en el Espíritu Santo (CRECES): el próximo será el 1° de Mayo de 2009 en el Luna Park. Con los judíos, - nuestros hermanos mayores, según Juan Pablo II- se han organizado encuentros “Orando con los Salmos”. Desde hace dos años la Arquidiócesis de Buenos Aires, la Sociedad Bíblica Argentina (SBA), la Comisión Ecuménica de Iglesias Cristianas en la Argentina (CEICA), y algunas iglesias protestantes y evangélicas organizamos el Día Nacional de la Biblia.

- Secretario Ejecutivo C.E.E.R.J.I.R.

DÍA NACIONAL DE LA BIBLIA - 2008

Fue celebrado el miércoles 25 de septiembre a las 19,30 hs. en el Salón Dorado de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.